

conoce en la historia del periodismo una figura de tan capital importancia. Funda «La Prensa», después «La Liberté» y en ambas tribunas manifiesta sus opiniones, que a ojos actuales pueden parecer más o menos tibias, pero que en aquellos días alcanzaron, a veces, caracteres de avanzada extraordinariamente progresiva.

Es uno de los preconizadores de las huelgas generales. Sostiene teorías tan peregrinas y atrevidas como la resurrección del matriarcado y la petición de la jefatura familiar para la mujer. Este aspecto lo cultiva también en el teatro, donde estrena varias obras de tesis matriarcal y feminista.

Combatió contra Cavainac a favor de Luis Napoleón; contra éste, a favor de Thiers; contra Mac-Mahón en aras de Gambetta y poco le faltó para ser el teórico de la Comuna.

Murió en plena actividad en 1881. Poco antes intervino en el escándalo de Panamá de una manera no muy limpia, aparentemente. Sus artículos contra la empresa se acallaron, según se decía, por la recepción de un cheque de cincuenta mil francos.

Girardín es el verdadero creador de la prensa de información, de los diarios propiamente dichos, de la polémica periodística y de ese género, hoy tan en boga, de revistas hechas con resúmenes y recortes de otras.

La biografía de este primer periodista europeo, cronológicamente hablando, que ha trazado Maurice Reclus, es un libro de gran interés entre los más recientes

Cinema.

□ En estas «Señales» se comentó hace unos meses la extraordinaria personalidad artística de Elizabeth Bergner; y casualmente, en el mismo número, se habló del talento de Margaret Kennedy, a propósito de su obra «The Constant Nymph». Ahora vuelven a reunirse en la actualidad cinematográfica estas dos personalidades femeninas. Elizabeth Bergner protagonista de

otra comedia de Margaret Kennedy, donde intervienen personajes de la misma familia de músicos (los Sanger) que intervinieron en la comedia antes citada. «Escape me never», película excepcional, que demuestra, a parte de su valía, de los méritos esenciales de la protagonista y de la escritora, el empuje admirable del cinema inglés, que lleva tan pocos años de acción y tantos triunfos considerables. No es necesario recalcar la interpretación de esta joven actriz alemana: es sencillamente maravillosa, a fuerza de intensamente humana. Todos los demás actores (excelentes casi todos ellos y ellas) quedan esfumados ante la fuerza personal, originalísima, de la intérprete central. El argumento está, en su substancia y desarrollo, tan alejado de los usuales procedimientos del cine cotidiano, que el espectador sale de este film, a la par que entusiasmado con la actriz, convencido de que el cine no morirá si se encuentran directores como el de «Escape me never». Alguien ha comentado, con acierto, la extraña ocurrencia de titular a este film «Aun así te quiero». Es la eterna historia de los títulos, cuyos traductores hispanoparlantes están hechos, sin duda, en la escuela literaria de Dolly y sus innumerables substitutos literarios.

□ Temporada de suerte, ésta, porque también el cine americano ha dado un resuello de novedad. Y éste abre un camino considerable: la importancia que tienen los «segundones» al lado de las estrellas oficialmente consagradas. Ya, el que señala hizo una observación acerca de estos segundones que dejaban, a ratos, en chico, a los figurones establecidos: Everett Horton, Sir Guy Standing, Charles Butterwood y Edward Arnold, entre otros. El último ha sido acertadamente elegido (en Norteamérica también y antes del que señala, se ocuparon del mismo tema) para interpretar a Diamond Jim, en la película rotulada en español «El hombre de los brillantes». El argumento biográfico es interesante, por la época y los síntomas temporales. Recuerda, en su elección acertada, al «Barnum» que hizo reciente-

mente Wallace Beery. Pero lo más saliente es la interpretación de Edward Arnold, que pasa por derecho propio a ser una de las figuras más destacadas de la pantalla. Que los trucos hollywoodenses no le perviertan, es de desear.

□ «She», de Ridder-Haggard, es una construcción de mala ópera, con excesos de cartón y un aire de comicidad no pretendido, que pocas obras cinematográficas pueden hacer reír tanto al ser tomadas en serio por los productores. Los que teníamos un buen recuerdo del autor de «Las Minas del Rey Salomón», necesitamos reconstruirlo después de haberlo visto al través del lente. «She» es un film tan gracioso como los de Laurel y Hardy, aunque no tanto como los de Popeye.

□ Los dibujos en colores de Walt Disney siguen triunfando. Son universales. Tienen el mérito de todas las obras extraordinarias, que llegan a todos y que son apreciadas en sus méritos por todos. O por la visión sencilla del público en general, o por la particular contemplación admirativa de los que ven en estos dibujos uno de los más altos exponentes del cinema.

Señal de libros.

□ Ivan Bunin publica «La Fuente de los días». Son unas memorias familiares que hacen recordar toda esa literatura amable que los rusos han sabido cultivar al contacto de los hogares y que tan cautivadora es y ha sido siempre para los occidentales. Bunin pertenece a la antigua escuela, como se sabe, y estas páginas llenas de interés traen el tono de aquellas obras de Turguev, Tolstoy, Korolenko, donde aparecen las figuras que conviven en una casa de campo, desde el padre de familia hasta el mozo de los caballos. La calidad de lírico que acompaña a este novelista, tiñe de poesía casi todos los escenarios y lances de su libro.